

# LA VENGANZA DE LOS PANTERAS NEGRAS

GEMMA

LIENAS



algar joven

*8 horas del 8 de enero de 2015*

–Despierta, Óscar. Deeespiertaaa.

Óscar sale del sueño cuando la voz infantil penetra en su cerebro y una manita sacude la suya por encima del embozo.

–Despierta, dormilón –insiste Mabel–. No quiero llegar tarde al cole, que luego me ponen falta y quieren que mamá vaya a hablar con el director.

Mejor no, piensa Óscar todavía con los ojos cerrados. Mejor no, porque si en el colegio se dieran cuenta del estado catastrófico ya casi permanente de su madre, avisarían a los servicios sociales. Y eso es algo que Óscar no dejará que ocurra.

–Ya voy, pesada –le dice a la niña abriendo los ojos. Y, luego, añade una broma bastante habitual entre ellos–: ¿Qué hora es?

–No tengo ni idea, ya lo sabes. Pero sé que es hora de levantarse porque la vecina de arriba ya ha salido de casa para ir al trabajo.

La vecina de arriba cierra la puerta con tanto ímpetu que, después, siempre parece que el viejo edificio de viviendas se columpie un rato. Y, desde luego, Mabel, a sus seis años, tiene vocación de reloj. O de mandona. Quién sabe, con esta chiquilla. El caso es que Óscar sería incapaz no solo de despertarse, sino también de salir

de la cama si no fuera por ella. Ella consigue penetrar en su modorra y ponerlo en marcha. Y eso que él es poco partidario de la actividad; prefiere estar tumbado en el catre sin hacer nada. O fumándose un canuto.

–Voy –dice Óscar, saliendo de la cama y casi tropezando con la de la niña, que está demasiado cerca de la suya; esa minúscula habitación no está pensada para dos somieres.

Óscar observa a Mabel: su melena de color cobrizo un poco salvaje, sus ojos verdes y retadores, su naricita perfecta, su piel dorada, sus pecas... Es tan bonita su hermana. No como él, de piel lechosa –el Blanquito, lo llaman en la banda–, nariz corva –a saber si heredada de su padre, al que no llegó a conocer–, cejas espesas que empequeñecen aún más sus ojos, ya de por sí insignificantes, cuerpo desgarrado y aire algo bonachón que le ha valido tantas chanzas, la mayoría de las veces poco benévolas.

–Anda, vístete y ven a desayunar –le dice.

Él, mientras, va al aseo. Después de usar el retrete, echa en él agua de un cubo. Es la única solución mientras su madre no vuelva a recuperar mínimamente la capacidad de actuar como una adulta, se decida a buscar algún trabajo y pueda pagar el recibo del agua. Y, de paso, el de la luz.

Al salir, se detiene en la habitación que sirve como dormitorio de la madre, cocina y comedor. La mujer está en la cama, roncando ruidosamente. El pelo desordenado y el rímel corrido no ayudan a mejorar la estampa. Duerme la mona, se dice Óscar. Los ciclos de

su madre son así, piensa con sentimientos que oscilan entre la resignación, el hastío y la rabia: está bien y sobria, encuentra un curro, se preocupa por saber qué es de sus dos hijos, conoce a un nuevo hombre, se enamora perdidamente de él, el tipo resulta un petardo, al final el novio se va o es invitado a irse y ella se consuela con el vino peleón de la bodega del barrio, pierde el trabajo y ya no existe el mundo, hasta que mejora su humor y consigue agarrarse con uñas y dientes a una tarde abstemia. Y está bien y sobria, encuentra un curro y etcétera. Aunque cada vez el período de alcohol es más largo y el de sobriedad, más breve.

—Ven aquí a desayunar —le dice a Mabel, que aparece por la puerta. Lleva los vaqueros, la camiseta de manga larga que usa como chaqueta de pijama y un jersey.

Óscar pone una manzana y un yogur sobre el hule de la mesa. Los consiguió anoche cuando cerraron el supermercado. A última hora, sacan las cajas con lo que ya no se puede vender. Es mucha la gente que se disputa el botín, pero no todo el mundo tiene dieciséis años jóvenes y fuertes como él. Óscar puede situarse en primera fila y hacerse con varias manzanas y un pack con cuatro yogures, mientras que otros, especialmente alguna anciana, se quedan sin nada.

Mabel come la manzana lentamente y con muchísima aplicación. Óscar sabe que quiere hacerla durar.

El chico entra en su habitación y se sienta en la cama. Qué pereza vestirse, qué pereza salir a la calle, qué pereza todo. Si no fuera por Mabel, igual se tum-

baba de nuevo en la piltra y se quedaba allí todo el día. Al fin y al cabo, de no ser por su hermana, no tendría nada que hacer en la vida. La vida, piensa Óscar, es como una partida de videojuego, solo que bastante menos interesante. Y, desde luego, él es un perdedor. Lo tiene claro.

—¡Jolines, tío! —se enfada Mabel, al abrir la puerta—. ¿Todavía no te has vestido?

Óscar hace un gesto de disculpa con la mano, se levanta y se pone su pantalón negro de tiro largo y su sudadera gris. Se calza las zapatillas de deporte, que fueron blancas hace mucho, y coge una vieja chupa de falso cuero. Mientras, Mabel se ha encasquetado una gorra de visera, negra y naranja, que, demasiado grande, le resbala por la frente y le cae sobre los ojos.

La gorra es de Óscar y este no le va a tolerar que salga de casa con ella. Por dos razones. La primera, porque ese fue un regalo de Baldo, el Máxima de los Panteras Negras, el día en que Óscar fue admitido en la banda. ¡Y qué día aquel!; no lo va a olvidar mientras viva. Tuvo que caminar a paso lento y sin emitir ni un quejido entre dos hileras de panteras que le iban golpeando con los puños, con trapos mojados e, incluso, con un bate de béisbol. Mientras pasaba por entre aquellos dominicanos fornidos, se preguntaba si era normal entrar en una banda para ser protegido de las palizas de otros tipos del barrio y encontrarse con que una de las primeras pruebas era tener que aguantar estoicamente el dolor que le infligían los propios hermanos. Eso lo pensó el primer día; después, ha dejado de pensarlo.

Pero no fue por su ánimo soportando golpes por lo que Baldo le obsequió la gorra. ¡Qué va! Aguantar estopa es lo mínimo que se le exige a un pantera. El Máxima le cedió su gorra en agradecimiento por el servicio prestado, ya que unos días antes Óscar salvó a Baldo de recibir un fuerte castigo de los Latin Kings. Un castigo o quién sabe si algo peor. El caso es que Óscar supo lo que se avecinaba a través de un chaval del instituto y pudo advertir a Baldo. Y Baldo y la banda cogieron por sorpresa a los Latin y les dieron su merecido. Desde aquel día, los Latin Kings no habían vuelto a pisar territorio pantera y el jefe le demostró su reconocimiento con ese recuerdo.

Y la segunda razón que tiene para quitarle de un manotazo la gorra a Mabel es porque no quiere que se mezcle con los Black Panthers.

–Dámela –protesta ella.

–Ni hablar.

Mabel no va a tener nada que ver con los panteras mientras él pueda impedirlo. Él sí puede estar en la banda, porque ya nada importa; es un fracasado. Pero ella es una chica lista, a la que –está seguro– le esperan grandes cosas. Y no necesita para nada una Nación en la que meterse: lo tiene a él.

–Eres un pesado.

–Ya lo sabes, Mabel. Nada de gorras –dice, mientras se la encasqueta él–, nada de bandas.

–Tú estás en una.

Óscar chasca la lengua. No quiere discutir eso con su hermana.

–Estoy en una porque me conviene. Pero tú, no. Tú tienes que ser alguien, ¿me oyes?

Parece que la ha convencido porque Mabel asiente con los ojos entornados y una sonrisa en los labios.

Óscar se agacha para coger una bolsa de deporte de debajo de su cama. Comprueba que dentro hay un trozo de papel de aluminio doblado; más tarde, lo va a necesitar.

–Andando –le dice a su hermana.

La niña coge la mochila y se la cuelga al hombro.

Pasan por delante de la madre, que sigue durmiendo pesadamente, bajan la escalera y salen a la calle.

–Hace frío –dice Mabel.

Óscar le pasa un brazo por los hombros y la arrima hacia sí para darle calor. Es verdad que, desde hace dos días, el frío es más intenso de lo habitual y es verdad también que el jersey de Mabel no es suficientemente grueso. Lo sabe y ya tiene previsto ponerle remedio.

Cruzan la plaza y se acercan a la esquina en la que siempre recogen a Camila.

–¡Uf! –refunfuña Mabel–. A ver si se ha dormido...

Óscar la mira y sonrío. Le hace gracia lo mucho que Mabel desea ir al colegio. Casi tanto como él odia asistir al instituto. Nunca ha sido muy bueno en eso de los estudios. Le cuesta entender lo que explican los profesores. Y, sobre todo, le resulta una paliza insoportable ponerse a repasar en casa. Total, que hace ya dos meses que no aparece por el aula.

–Vamos a llamar al timbre de su casa –se impacienta Mabel.

—Vamos —dice Óscar, porque es cierto que bastante a menudo Camila aparece después de lo que sería deseable. Aunque, naturalmente, a Óscar le resulta lo más lógico del mundo. La chiquilla solo tiene seis años, como Mabel, pero nadie que se ocupe de ella por las mañanas. Y es que, a esa hora, la madre de Camila lleva ya rato limpiando oficinas. Y, desde luego, Baldo, su hermano, no está para hacer de niñera de nadie, como alguna vez le ha oído decir. Claro, eso también lo comprende Óscar. ¿Cómo va a ocuparse de algo doméstico el Máxima de los Panteras Negras? Sería una pérdida de tiempo, una humillación, una degradación... Así que Camila se apaña con un despertador. Y unos días lo oye y los otros, no. Normal.

Y avanzan hacia la portería, pero no les da tiempo a llegar, que ya Camila está saliendo de ella.

—Venga, tardona —le dice Mabel.

Camila le lanza una mirada inexpresiva. Parece a punto de decir algo, pero, finalmente, se guarda las palabras para sí misma. Y echan a andar las dos delante de Óscar. Mabel no para de hablar en todo el rato. De hablar y de mover las manos con vehemencia; parece que se le ha olvidado que tiene frío. Camila, en cambio, se reserva lo que piensa, pero escucha con atención. Así es la amistad entre ambas.

A Óscar no le molesta llevar a Camila al colegio. Es la mejor amiga de su hermana, es la hermana del jefe de la banda y es hija de la señora Liliana, que, después de las cinco, cuando las crías han terminado las clases, se ocupa de ambas. Y eso libera a Óscar de un

gran peso: tener que hacerse cargo de Mabel a la salida del colegio. Porque no es justo que a él le haya tocado hacer de madre de la cría, piensa Óscar mientras le da una patada a una piedra. Pero es lo que hay. Y lo cierto es que ahora ya sabe que no cambiaría por nada del mundo el lazo que hay entre ellos dos. Porque, aunque hace seis años le resultaba insoportable limpiarle las cacas a la niña, luego ha tenido que admitir que la mierda une. Bueno, no solo la mierda, también los biberones, y las llantinas, y la primera sonrisa, y los primeros pasos... Y, en fin, todo lo que se perdió Carmen, su madre, que flotaba en los vapores del alcohol para olvidar que el padre de Mabel la acababa de abandonar.

No tardan mucho en llegar al edificio, en el que conviven el colegio y el instituto. Óscar se para delante de la entrada del patio que lleva a la zona de primaria.

–Hala, a clase las dos –dice.

–Tú también vas a clase, ¿verdad? –pregunta Mabel.

–Pues claro. Ahora mismo –le responde él. Y le guiña un ojo.

Mabel suspira, satisfecha.

–Este año ya terminas secundaria, ¿eh?

Óscar hace un gesto ambiguo con la cabeza, mientras piensa: «Si tú supieras...».

Y en ese instante suena el timbre de entrada al colegio.

–¡Adentro! Son las nueve –dice él deseoso de terminar ya esa incómoda conversación.

Camila empieza a avanzar por el camino de cemento que lleva hasta las gradas de entrada al edificio.

Mabel no la sigue. Se pone de puntillas para alcanzar la mejilla de Óscar y, como no llega, este se agacha para facilitárselo.

La niña le da un beso. Luego sale corriendo tras su amiga.